

# CARTA SOBRE UNA ANTIGUA GUERRA

A doña Luisa Díaz, autora de una apasionada diatriba contra el artículo «Adiós a la guerra». Con afecto, comprensión y el deseo navideño de que contribuya más sosegadamente a que los españoles, sin reservas mentales, podamos darnos fraternalmente la paz de una vez por todas.

Se excede usted, mi estimada doña Luisa, al dedicarme palabras tan duras.

Fijese usted, señora, si al comentarista le afectará la guerra que su primer recuerdo de niño es la agonía de un soldado herido en el cerco de Oviedo. El presente y el futuro de España no se harán sobre el volcánico sustentáculo de posturas airadas como la suya y las de los extremistas violentos de uno y otro signo que pretenden perpetuar una España a la siciliana, sino sobre el deseo de reforma, de participación y de paz de que han dado muestra la mayoría de los españoles en el reciente referéndum que usted tan justamente alaba.

Desahogar furores contra lo que no se entiende bien con insultos y acideces no conduce a nada, mi querida doña Luisa. Decía mi venerable tía Rosario, mujer también de muy recias disposiciones, que el mejor desprecio es no dar aprecio, lo cual no casa con la atención que su pluma de usted me dedica.

En fin, hagamos ahora una nueva España y no un remedo de otra cuyos supuestos fueron totalmente diferentes y que, por fortuna, está ya en el baúl de los recuerdos. Ese y no otro era el sentido de mi artículo. Usted exhuma Paracuellos. ¿Para qué? Paracuellos hubo muchos, por desgracia. ¿De qué vale actualizarlos? Acaso para contribuir a mantener en pie la España rencorosa y pendular. Los cuarenta años de guerra que llevamos a las espaldas muchos de mi generación (toda una vida) me siguen pareciendo demasiados. Nos basta con la cicatriz para tener que llevar también hundido dentro el machete.

Ideologías aparte, lo que España no puede permitirse en esta hora es el lujo sangriento y banal de buscar enfrentamientos que nadie quiere, sólo por la minoritaria exaltación de conservar vivo algo que el viento de la vida se ha llevado para siempre.

Insisto: aquellos problemas de los años treinta ya no nos pertenecen ni a usted ni a mí ni a nadie en este país. Sería suicida, por tanto, mantener un estado de lucha sin otro objeto que hacer de molinos gigantes, mitificar movimientos de escasa fuerza y generalizar un estado de agitación propio de los grupos políticos que necesitan enemigos para subsistir.

Si usted se adhiere a esta actitud parásita, no cuente conmigo. ¡Adiós, doña Luisa! Porque las visiones apocalípticas no ofrecen ya otro interés que el de su propio pintoresquismo. Como en el caso de otra jovial abuelita madrileña, doña Esther, que me escribe para advertirme de que el «monstruo satánico» está cerca, de que «pronto vendrá el juicio final» y otras ingenuas profecías de corte milenarista. No hay que exagerar.

Por eso, yo voto con usted por la democracia y la concordia. ¿No es cierto, doña Luisa, que estamos de acuerdo en algo tan hermoso y fundamental?

Su afectísimo

Esteban GRECIET